



CAPÍTULO

1

Denver, 1880

No me interesan las citas que tengas ni cómo se está comportando el mercado financiero —le dijo Fern a Jeff—. Alguien tiene que ir a esa escuela a ver qué pasa con las gemelas y yo no puedo hacerlo.

Fern se recostó contra la montaña de almohadas que tenía detrás. Jeff se lo estaba poniendo difícil, pero ella no debería haber esperado nada distinto. En los nueve años que llevaba casada con su hermano, su cuñado Jeff nunca había hecho el más mínimo esfuerzo por cooperar.

—Yo no sé nada sobre escuelas ni sobre niñas —dijo Jeff.

—Pues debiste pensar en eso antes de insistir en que Madison viajara a Leadville —dijo Fern—. Tú sabes que no me puedo levantar de esta cama, no aguanto en pie ni dos minutos.

—Rose debió dejar a esas niñas en Texas —dijo Jeff—. Son más salvajes que un antílope.

—Las mandó aquí con la esperanza de que en la Escuela Wolfe les enseñaran un poco de modales. George dice que están creciendo, físicamente se parecen a tu madre, pero en el carácter son iguales que tu padre.

— ¡Demonios! Si eso es cierto, lo mejor sería pegarles un tiro ahora mismo y ahorrarle muchos problemas a todo el mundo.

— Jeff, por Dios, ¡sólo son unas chiquillas!

— Eso es todavía peor. Nadie creerá que pueden ser tan malvadas como mi padre.

— Han pasado varios años desde la última vez que las viste. No son malvadas, sólo son muy activas. Ahora, deja de ser tan testarudo y ve a ver a la señorita Goodwin.

— ¿Estás segura de que no puedes levantarte para hacer esa pequeña diligencia?

— ¿Acaso crees que me gusta estar acostada aquí? — preguntó Fern. Le molestaba que Jeff no hiciera ningún esfuerzo por ocultar que no creía que ella estuviera verdaderamente enferma. Él nunca se ponía enfermo y no le gustaba la gente que lo hacía.

— No deberías permitir que Madison te mantenga embarazada todo el tiempo.

— Eso no es de tu incumbencia — replicó Fern—. Pero aunque lo fuera, es demasiado tarde para hacer algo al respecto. Y como fuiste tú quien decidió mandar a mi marido a Leadville, tendrás que ocuparte tú de tus sobrinas.

— Pero no soy abogado. No puedo...

— Podrías haber contratado a uno. Tienes suficiente dinero. ¿Para qué lo estás guardando? ¿Sabías que las gemelas te llaman tío Dinero Oxidado?

— El dinero no se oxida.

Fern suspiró.

— Ya me he cansado de hablar contigo. Amy tiene la tarjeta con la dirección de la señorita Goodwin y las horas a las que puedes ir a verla. Pídesela antes de marcharte.

— Iré cuando tenga tiempo — dijo Jeff, con una expresión hosca que anulaba parte de su atractivo natural—. La señorita Goodson...

— Goodwin.

— ... Tendrá que hacer algunos ajustes en su horario.

Fern volvió a suspirar.

—Trata de no pelearte con ella, por favor. Se supone que debes ir a ayudar a las niñas, no a agregar el nombre de la señorita Goodwin a la lista de personas que rezan para no tener que volver a verte en toda su vida.

—Yo no vivo buscando pelea.

—¡Pamplinas! La mitad de Denver gruñe cuando te ve venir. Si no fueras el presidente del banco más grande al oeste de San Francisco, nadie te dirigiría la palabra.

—No deberías exaltarte tanto.

Jeff parecía tan indignado que Fern casi soltó una carcajada.

—¿Por qué no? Como siempre me lo recuerdas, yo no soy una de tus bellezas sureñas. Ahora vete y ve a hablar con la señorita Goodwin.

—Debería venir Rose a hablar personalmente con ella.

—Si tú armas un lío, probablemente termine viniendo.

—Jeff nunca lo iba a admitir, pero Fern sabía que le tenía un poco de miedo a Rose. Vivía tan amargado que George, el marido de Rose y hermano de Jeff, siempre estaba preocupado por él; y nadie podía alterar a George y quedarse tan tranquilo. Rose no era una mujer muy grande, pero se ponía como una verdadera tigresa cuando se trataba de proteger a su marido.

Fern se volvió a recostar contra las almohadas mientras la puerta se cerraba detrás de Jeff, y enseguida se olvidó del mal carácter de su cuñado y de las gemelas. Luego se pasó lentamente la mano por la barriga. Después de cuatro embarazos muy fáciles, éste había sido complicado desde el comienzo. Sólo le faltaba un mes, pero no podía olvidar el hecho de que su madre había muerto en un parto. Fern temía que a ella le fuera a suceder lo mismo. Entonces susurró el nombre de su marido contra la almohada. Él se habría quedado si ella se lo hubiese pedido, y ahora pensaba que le habría gustado hacerlo.

Diez días después, Jeff se detuvo al llegar al patio de baldosas, frente a la Escuela Wolfe para señoritas. Cinco años antes, las madres adineradas de Denver habían decidido que necesitaban poder educar a sus hijas sin tener que enviarlas al Este, de manera que, entre todas, mediante aportaciones particulares y subvenciones, construyeron la escuela. Compuesta de varios edificios de piedra, la escuela ocupaba un área inmensa en el extremo del barrio residencial más exclusivo de Denver. Las hijas de los millonarios locales estudiaban allí durante el día. El resto, las hijas de los magnates del oro y la plata y de unos cuantos ganaderos a los que no les gustaba vivir en Denver, contaban con residencia de estudiantes para que pudieran vivir allí durante el curso.

Varias hectáreas de pasto quemado y cientos de árboles recién sembrados luchaban por transformar aquel trozo de pradera, que se extendía a los pies de las Montañas Rocosas, en un lugar que recordara a una ciudad del este. La piedra de los edificios ya estaba adquiriendo un color grisáceo. En unos pocos años, la Escuela Wolfe tendría todo el aspecto de la venerable institución en que las matronas de Denver esperaban que se convirtiera.

—Encontrará a la señorita Goodwin en el dormitorio —le dijo a Jeff una mujer mayor que estaba en el edificio principal—. Es el segundo edificio a la derecha al salir de aquí, pasando la capilla. Dígame —dijo la mujer, mientras clavaba la mirada en la manga izquierda de la chaqueta de Jeff, que colgaba sin nada dentro—, ¿perdió usted el brazo en un accidente en una mina?

—Un yanqui muy amable me destrozó el codo en Gettysburg —dijo Jeff con irritación—. Y los médicos yanquis decidieron que era más fácil amputarlo que tratar de curarme.

—Pero no tiene sentido andar con una manga vacía. Hoy día hacen brazos artificiales muy buenos.

—¡No es cierto! Son infames.

Jeff dio media vuelta y salió del edificio dando grandes zancadas. Le gustaría que la gente se reservara sus comen-

tarios y su curiosidad. Suponía que estaban tratando de ser amables, pero, en su ignorancia, terminaban por hacer más mal que bien.

Jeff sacó un reloj de oro del bolsillo y frunció el ceño. Comenzó a caminar más rápido. Ya iba cinco minutos retrasado. Si no se daba prisa, llegaría tarde a la reunión. La junta directiva del banco iba a decidir si compraban más minas en Leadville, y Jeff se proponía asegurarse de que lo hicieran.

Le echó un vistazo a la capilla al pasar. Era un edificio pequeño y cuadrado. No había entrado a una iglesia desde que perdió el brazo.

El dormitorio era grande, cuadrado y feo. Jeff ya tenía la mano sobre el picaporte de la puerta, cuando pensó que sería mejor llamar al timbre primero. La idea de irrumpir en medio de un salón lleno de jovencitas en ropa interior le daba pavor. Una criada vestida con un pulcro uniforme le abrió la puerta.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó la joven, con un acento británico muy marcado.

—Vengo a ver a la señorita Violet Goodwin.

La criada pareció desconcertada.

—La señorita Goodwin no tiene ninguna cita hoy.

—Bien. Así no tendrá inconveniente en recibirme.

—Me refiero a que, como no tiene citas, está ocupada en este momento.

—Estoy seguro de que puede dejar lo que sea que esté haciendo —dijo Jeff, al tiempo que se abría paso hacia el interior—. Por favor dígame que estoy aquí.

—Pero ¿quién es usted?

—El señor Randolph.

Cuando la criada lo miró como si siguiera sin saber quién era, Jeff dijo:

—El banquero.

La mujer no se inmutó, así que Jeff dijo:

—El tío de las gemelas.

Entonces la criada sonrió amablemente.

—Usted es el señor Jefferson Randolph.

—Eso es lo que le he dicho.

—No exactamente. Ha dicho Randolph, y hay mucha gente con ese apellido, ¿no le parece? Deme el sombrero y el abrigo, y tome asiento. Veré si la señorita Goodwin puede atenderlo.

—La señorita Goodwin me recibirá.

—Se lo preguntaré —dijo la criada y desapareció.

Jeff permaneció de pie y dejó que su mirada recorriera el inmenso salón. Alguien lo había amueblado con una sombría colección de muebles victorianos, pesados y oscuros. Jeff pensó que era como estar en un mausoleo y reflexionó sobre lo que podría pasar si las gemelas se quedaran encerradas allí. Después de una hora, estarían demasiado deprimidas para meterse en líos, al menos durante una semana.

Quince minutos más tarde, Jeff ya había hecho un estudio detallado de cada cuadro, cada mueble, cada rosetón de yeso y cada alfombra del salón. Se había sentado en todas las sillas, había mirado por todas las ventanas e incluso había tocado unas cuantas notas en el piano rectangular que había en el salón. Sin embargo, la señorita Goodwin seguía sin aparecer. Así que Jeff ya había perdido la paciencia y, con ella, toda su tolerancia y buen humor.

Consideró la posibilidad de marcharse, pero si se marchaba tendría que regresar en otra ocasión, lo que implicaría perder todavía más tiempo. Volvió a mirar el reloj. No iba a llegar a tiempo a su reunión, eso seguro. Cerró el reloj con molestia. Su reunión era más importante que cualquier tontería que hubiesen hecho sus sobrinas.

Pero en ese momento entró en el salón una verdadera aparición y Jeff se quedó frío. La mujer, que tenía una figura esbelta y era de mediana estatura, ya no era ninguna jovencita. Era atractiva y tenía rasgos bonitos, sin ser perfectos. Unos ojos azul profundo miraron a Jeff desde detrás de unas pestañas muy largas. Y una increíble madeja de pelo rizado y co-

brizo, recogido sobre la parte superior de la cabeza, amenazaba con rebasar los límites de un ejército de horquillas.

Pero lo que captó la atención de Jeff fue su vestido. La prenda estaba confeccionada con metros y metros de satén color rosa, ribeteado con encaje color crema en la garganta y los puños. Parecía uno de esos vestidos que había visto en los bailes, antes de que su padre tuviera que salir de Virginia, no el vestido que usaría la supervisora de dormitorio de una escuela de niñas. Contra el fondo oscuro y sombrío del salón, la mujer parecía un ave del paraíso.

Ella sonrió.

—¿Señor Randolph? Soy Violet Goodwin. Por favor, discúlpeme por haberle hecho esperar y tenga la bondad de tomar asiento. —La mujer se sentó en un sofá de respaldo alto y se arregló las faldas a su alrededor.

Jeff se quedó inmóvil. La mujer era yanqui. Él podía identificar ese acento con precisión y decir exactamente de qué distrito de Massachusetts venía. Su carcelero durante los dos últimos años de la guerra hablaba como ella. Jeff recordaría el sonido de la voz de aquel hombre hasta el día de su muerte.

—Esperaba ver a la madre de las gemelas —dijo la señorita Goodwin—. Confieso que ésta es la primera vez que recibo la visita de un padre.

La mujer hablaba suave y lentamente, de una manera muy distinta al hombre que había convertido en un infierno los años que Jeff pasó en prisión. Tenía una sonrisa encantadora y parecía muy amable. Pero era yanqui. Jeff contuvo el impulso de dar media vuelta y salir de allí sin decir palabra.

—Soy su tío.

—Ah, es maravilloso que se preocupe tanto por el bienestar de sus sobrinas.

Después de recuperarse de la impresión, Jeff dijo:

—Mi cuñada está en cama y su marido está de viaje. Soy el único pariente disponible. —Sacó el reloj y le echó un vistazo—. Voy a llegar tarde a una reunión.

La señorita Goodwin pareció asombrarse al ver la molestia de Jeff.

—Pero estoy segura de que usted reconoce que el bienestar de sus sobrinas es más importante que una reunión.

—No, no es así.

La mujer pareció sorprendida.

—Pero ellas son su familia.

—Eso no es culpa mía.

La mujer abrió un poco más la mirada. El azul profundo de sus ojos establecía un marcado contraste con la piel blanca y el pelo rojizo. Aunque no hubiera sido bonita, que lo era, habría llamado la atención.

—Tal vez deberíamos hablar sobre la situación de sus sobrinas.

—¿Qué hay que hablar? Mi hermano les está pagando a ustedes para que las conviertan en unas damas en lugar de en unas mujeres testarudas, que se sienten más cómodas sobre un caballo que en un salón. Me imagino que la razón por la que me han llamado es porque han fracasado en esa misión.

La mujer pareció molesta.

—Usted parece confundido con respecto a la razón por la cual solicité esta reunión.

—Yo nunca estoy confundido. Esto es una pérdida de tiempo y dinero.

—Seguramente lo es, pero, en este caso...

—Este caso no es distinto de ningún otro. Se les está pagando para que hagan un trabajo y ustedes no lo han hecho.

—Ella no era la persona indicada para juzgar a sus sobrinas. Ella no podía entender a las mujeres del sur. Ninguna mujer criada en Massachusetts podría entenderlas—. Estoy seguro de que las niñas no han hecho nada que no harían normalmente un par de gemelas activas de nueve años.

La señorita Goodwin parecía desconcertada, aunque no intimidada, por aquella contestación tan inesperada. Esa reacción despertó el interés de Jeff. Por lo general la gente se

alteraba mucho cuando era víctima de uno de sus ataques verbales.

—En cuanto a eso —dijo ella—, no sabría qué decirle. Nunca había conocido a un par de gemelas, ni activas ni pasivas.

—Entonces, ¿por qué las está criticando?

—Si usted me escucha un momento, creo que puedo aclarar este malentendido.

Ahora lo estaba criticando a él, y Jeff pensó que debía haberse esperado esa reacción. Los yanquis siempre parecían creer que sabían todas las respuestas.

—No la interrumpiría, si usted fuera directamente al tema que nos ocupa. ¿Por qué las mujeres siempre dan tantos rodeos?

—¿Ya ha terminado usted?

La mujer hablaba en voz baja, con cortesía, pero sus sentimientos eran muy distintos. Los ojos la delataban. Jeff se dio cuenta de que nunca iba a salir de allí si no le permitía expresar lo que tenía que decir.

Y de pronto notó que ella tenía un pecho muy bien formado. Jeff no se había dado cuenta, porque lo primero que había captado su atención fue el vestido. Pero ahora que se fijaba tenía que reconocer que la mujer tenía un cuerpo espléndido. Era esbelta sin ser delgada. La madurez había dado a sus curvas una sensualidad de la que carecían la mayoría de las jovencitas.

—Diga lo que tiene que decir.

—Preferiría que usted se sentara mientras hablo.

—Permaneceré de pie.

La señorita Goodwin parecía algo irritada, pero estaba claro que todavía mantenía el control.

—Yo no soy quien hace las reglas en la Escuela Wolfe. Y tampoco decido lo que debe hacerse cuando alguien las incumple. Ésa es la responsabilidad de la señorita Eleanor Settle, la directora de la escuela. Mi responsabilidad es informarle

sobre cualquier infracción y supervisar las medidas disciplinarias.

—Entonces, ¿por qué estoy perdiendo el tiempo hablando con usted?

Jeff podía ver que la mujer estaba haciendo un esfuerzo por mantener la calma. No entendía por qué le gustaba tal actitud, cuando siempre le habían desagradado las mujeres temperamentales.

—En el caso de las estudiantes internas, se supone que debo informar a los padres cuando hay un problema.

—Bien, ¿cuál es el problema?

—Las gemelas quebrantan continuamente las reglas de nuestra institución.

—Entonces mándelas a la cama sin cenar y dé por terminado el asunto.

—No tenemos por costumbre matar de hambre a nuestras estudiantes, señor Randolph.

—No se van a morir de hambre por perderse una comida. Nosotros pasamos varios días sin comer durante la guerra civil que inició el Norte, pero nunca dejamos de pelear.

La mirada de la señorita Goodwin se posó enseguida en la manga izquierda de la chaqueta de Jeff.

—Soy muy consciente de todo el sufrimiento que causó esa guerra, pero eso no tiene nada que ver con el asunto que nos ocupa.

—Pues usted tiene que hacer algo aparte de hablar con esas niñas. No voy a correr hasta aquí cada vez que ellas quebranten una regla.

La señorita Goodwin se tomó unos instantes para responder. Probablemente al principio no sabía qué decir, pero al final dijo:

—No sé cuál será su ocupación, pero aparentemente no tiene usted mucha experiencia con niñas jóvenes.

—Ninguna.

—Entonces, permítame explicarle.

—Ya estoy cansado de todas sus explicaciones. Vaya al grano.

La señorita Goodwin volvió a tomarse unos instantes para responder, pero Jeff tuvo la impresión de que, más que buscando las palabras que iba a decir, estaba descartando todas las que se le venían a la cabeza. Eso también le gustó, aunque, de nuevo, no sabía decir por qué. No tenía ningún interés en lo que la mujer pensara sobre él.

—Tal vez eso sea lo mejor —dijo ella. Luego hizo una pausa, mientras lo estudiaba atentamente.

Esa inspección irritó a Jeff. No le gustaban las mujeres impertinentes. Ella debería ser un poco más amable. Así gustaría más a los hombres y era posible que no terminara convertida en una solterona. Le resultaba extraño que una mujer tan atractiva no estuviera casada.

—La directora me ha pedido que le informe que, a menos de que el comportamiento de sus sobrinas mejore, se tomarán medidas disciplinarias.

Jeff sintió que una rabia helada se apoderaba de él.

—Me está diciendo que me ha hecho venir hasta aquí precisamente un día en que tenía una importante reunión, a la que ya no llegaré... y me ha obligado a soportar media hora de cháchara inútil, ¿sólo para decirme eso?

—La señorita Settle quería que usted supiera que...

—¡Me importa un comino lo que quiera la señorita Settle! —Jeff agarró su abrigo—. Tengo demasiado trabajo para perder el tiempo oyendo sus quejas porque mis sobrinas se han demorado con sus tareas o se han ido a la cama sin cepillarse el cabello.

—Es mucho más que eso.

—Entonces, por Dios santo, ¡diga de qué se trata!

La señorita Goodwin le lanzó una mirada incendiaria.

—A partir de esta mañana, sus sobrinas están en periodo de prueba. A menos que haya una mejoría inmediata en su comportamiento, serán expulsadas de la escuela.

Jeff se detuvo, con el sombrero en la mano. Si las gemelas eran expulsadas mientras Fern estaba enferma y Madison estaba de viaje, él tendría la responsabilidad de cuidarlas. Tendría que hacerse cargo de ellas hasta que George llegara o llevarlas él mismo a Texas. Y, la verdad, preferiría volver a ser prisionero de guerra.

—Quiero hablar con ellas —dijo.

—Están estudiando.

—No me importa si están estudiando, profundamente dormidas o colgadas de una percha.

La señorita Goodwin se puso de pie.

—Voy a ver si podemos interrumpirlas.

—Maldición, claro que podemos interrumpirlas. Ellas ya me han interrumpido a mí, que no tengo por qué andar ocupándome de estas tonterías.

—Señor Randolph, en la Escuela Wolfe no estamos acostumbrados a tolerar las groserías.

—Y yo no estoy acostumbrado a tolerar que la gente me haga perder el tiempo.

Violet cerró la puerta al salir y soltó la respiración lentamente, dejando escapar un ligero suspiro. Estaba tan furiosa que temblaba ligeramente. No había conocido a un hombre tan insoportable en toda su vida. Cuando notó que le faltaba un brazo, sintió simpatía por él. Y sintió todavía más simpatía cuando descubrió que lo había perdido en la guerra civil. Aunque él había luchado en el bando contrario al de su hermano, ella sabía que el dolor no hacía distinciones ni se fijaba en la justicia o injusticia de las causas.

—¿Ya se ha marchado el señor Randolph? —preguntó la criada.

—No, quiere ver a sus sobrinas.

—Pobres niñas. Ese hombre es capaz de matarlas de miedo.

Violet se rió, mientras recuperaba el control.

—Si hay alguna mujer sobre la tierra capaz de darle al señor Randolph un poco de su misma medicina, ésas son Aurelia y Juliette.

La criada soltó una risita.

—Son insoportables, ¿no es cierto?

—Son más que eso. Yo tenía ganas de conocer a sus padres, pero después de conocer al tío, ya no estoy tan segura. Ve y diles que vengan aquí de inmediato. Y, Beth, diles que no se demoren cambiándose de ropa o arreglándose. Ese hombre va a explotar si tiene que esperar un minuto más.

Violet se preguntó si sería buena idea dejar que las niñas vieran a su tío. Sin embargo, ése era el procedimiento normal. La escuela alentaba a los padres a que participaran en la formación disciplinaria de sus hijos. Con los clientes ricos, eso era lo más prudente.

Violet alisó una arruga de su vestido y se preguntó si el señor Randolph sería rico. Ciertamente tenía toda la arrogancia de un hombre que ha heredado dinero y cree que es mejor que los demás porque no tuvo que ganárselo.

Y además era un sureño impenitente. De eso no tenía la menor duda. Ese hombre no había olvidado la guerra y tampoco tenía intenciones de hacerlo. Muy bien, eso estaba muy bien. Ella tampoco la había olvidado.

Pero aunque el hecho de recordar el sufrimiento de la lenta agonía de su hermano atizaba su rabia, pensar en que al señor Randolph le faltaba un brazo atenuaba ese sentimiento. Nadie sabía mejor que ella lo que le podía hacer a un hombre una pérdida como esa. Era obvio que el señor Randolph no había aprendido a aceptar su pérdida. Como tampoco lo había hecho Jonas, y ella lo había amado y lo había cuidado durante diez años. Lo menos que podía hacer era tratar de ser amable con el señor Randolph durante los siguientes minutos.

Ser amable no sería tan difícil si, al menos, el hombre sonriera un poco. Era extremadamente apuesto. Se parecía

bastante a las gemelas, por eso ella había pensado al principio que era su padre. Violet nunca se había sentido atraída hacia los hombres rubios, pero era imposible no darse cuenta de que el señor Randolph era atractivo. Era alto, con los hombros más anchos y fuertes que ella recordara haber visto en la vida. La chaqueta se le ajustaba perfectamente, pero aun así era posible ver la manera en que la tela se tensaba debido a la fuerza de esos músculos. ¡Y sus ojos! Eran tan azules como el cielo de Cape Cod en una tarde de verano.

De pronto se abrió la puerta y Aurelia y Juliette Randolph irrumpieron en el vestíbulo. Parecían completamente tranquilas, dos almas benditas, y Violet se estremeció al pensar en cómo serían cuando se convirtieran en adultas.

En ese momento parecían ángeles: rubias, hermosas y aparentemente tan dulces como cualquier criatura de Dios. Era difícil creer que podía esconderse tanta picardía detrás de aquellas caras tan angelicales.

—Beth dice que el tío Jeff está aquí —dijo Aurelia. Al menos Violet pensó que era Aurelia. Todavía le costaba trabajo distinguir a las dos niñas.

Juliette hizo una mueca.

—¿Tenemos que verlo?

—Preferiríamos que usted nos castigara —dijo Aurelia—. Le prometemos que no diremos nada.

—Todavía no habéis recibido ningún castigo.

—Pero estamos dispuestas a recibirlo —dijo Juliette.

—No pensaréis que voy a castigaros cuando vosotras me lo pidáis —dijo Violet y sonrió, a pesar de que no quería hacerlo—. Ahora, dejad de portaros como unas tontas, que vuestro tío os está esperando.

—¿Entrará con nosotras? —preguntó Juliette.

—No creo que a vuestro tío le guste eso.

—A él no le gustará nada, independientemente de lo que usted haga. Al tío Jeff nunca le gusta nada —dijo Juliette.

—Mamá dice que es un amargado —dijo Aurelia.

—Tal vez, pero no es posible que le moleste ver a sus dos hermosas sobrinas.

—Al tío Jeff sí puede molestarle —dijo Aurelia.

—Entonces sugiero que entréis ahí, os disculpéis, porque por vuestra causa no ha podido asistir a una reunión, y le prometáis que no os portaréis mal nunca más.

—No podemos hacer eso —dijo Aurelia.

—Mamá dijo que nunca dijéramos mentiras —dijo Juliette.

—Entonces prometedle que trataréis de portaros bien. ¿Eso sí podéis hacerlo?

Las dos niñas se miraron.

—Supongo que sí —dijo Juliette.

—Ahora, poned vuestra mejor sonrisa —dijo Violet y las gemelas sonrieron de oreja a oreja—. Bien. Eso deberá deslumbrar a vuestro tío. Venga.

—Es como si estuvieras mandando a esas niñas a la guarida de un oso —dijo Beth, cuando la puerta se cerró detrás de las gemelas.

—No me voy a mover ni un centímetro de aquí —dijo Violet—. Si ese hombre llega aunque sea a levantar un poco la voz, tendrá que vérselas conmigo.

—¿Vas a espiar por la cerradura? —preguntó Beth.

—Es muy molesto, pero no veo de qué otra manera puedo oír lo que él les va a decir.